

tiempo gran predominio en Francia; todavía el cazador salvaje cruzaba los bosques, látigo en mano y seguido por una jauría de perros; y todavía los hombres, convertidos en lobos, se comían á las mujeres y á los niños, mientras los demonios gustaban mas que nunca de hacer del cuerpo humano su morada favorita. Los frailes explotaban los exorcismos como una verdadera industria, á pesar de la oposicion que les hacia el ateísmo de la facultad de medicina. La funesta senda de las brujas y hechiceros se ensanchaba cada día mas y solo conducía á llevar al sacrificio á una porcion de inocentes, de engañados y de engañadores. En 1606 tuvo efecto en Grenoble la ejecución de un hechicero; en 1608 fué decapitado en París un noble porque había atravesado con un puñal una imagen del rey, con lo cual esperaba conseguir la muerte de este; en 1609 perecieron en la hoguera, en París, muchos infelices acusados de haber tomado parte en el sábado del diablo; y en 1610 fueron ejecutados en Burdeos tres españoles y una española por haber embrujado á hombres, animales y frutos del campo. Un hombre tan erudito y esclarecido como Scaligero, creía tambien en estas necedades (1). Ya se comprenderá que en una época en que la superstición era tan grande como la ambición de riquezas y el deseo de placeres, había de florecer el afán de encontrar tesoros, y que los preparadores de filtros para amantes desgraciados habían de sacar mucho dinero de ellos.

Entonces se encontraban frente á frente la antigüedad y los tiempos modernos; por un lado la instrucción, las tendencias científicas, la civilización, y por otro la ignorancia, la mas oscura superstición, que desgraciadamente predominaban todavía en la vida práctica y que eran reconocidas y hasta sostenidas por las mas altas autoridades del Estado.

Junto á esta superstición existía en las esferas mas ilustradas el ateísmo, y en la capital había sociedades en que el materialismo era tanto mas apreciado cuanto mas cínico se mostraba, habiéndose dado con frecuencia el caso de que los mismos criminales, al llegar al lugar de la ejecución, rechazaban públicamente los auxilios espirituales y hacían gala de su impiedad.

En todas las esferas de la vida pública y privada, el reinado de Enrique IV fué un período de transición, en el cual la antigüedad y la tradición conservaban todavía un puesto importante, bien que obligadas á luchar cada vez mas contra las ideas modernas que se veían favorecidas por el mismo monarca. Esto, sin embargo, no quiere decir que lo nuevo fuese siempre lo mejor.

Con todo, en algunas cosas no se nota esa decadencia, pudiendo citarse en primer lugar, entre ellas, la poesía. No cabe duda alguna de que la época de Enrique IV sentó las bases de la posterior poesía francesa y de que durante aquel tiempo se trazaron las tendencias y los límites dentro de los cuales se movió toda la literatura francesa del siglo decimoséptimo. La nueva escuela, que nació con Malherbe, venció á los que aun seguían las huellas de Marot, de Rabelais y de Ronsard. ¿Era esto una ventaja? En vez de la Francia ruda, audaz, á menudo grosera, pero siempre lozana, consciente, orgullosa, animada y amante de la verdad; en vez de esta Francia donde cada clase, cada individuo poseía y quería ejercer privilegios exclusivos, apareció en la misma poesía un sentimiento cortesano, fino, mesurado y lleno de gusto, que, desgraciadamente, distaba mucho de ser original, enérgico, íntimo y verdadero. Escoger entre ambas tendencias es cuestion del gusto de cada cual.

(1) Scaligerana, pág. 375.

El porta-estandarte de la nueva escuela fué Francisco Malherbe, pulido y atildado rimador que hizo mucho en pro de la armonía de la lengua francesa, del arte métrica de los versos, de la pureza de estilo y de la belleza de las formas poéticas, por todo lo cual merece generales aplausos. Pero, á pesar de esto, Malherbe no era un verdadero poeta y su falta de originalidad, de gracia, de imaginación y de verdadero sentimiento, su exclusiva atención á la elegancia de la forma, su servil sumisión á los gobernantes del momento, ejercieron funesta influencia en todo el período llamado clásico de la literatura francesa.

No sin obstáculos consiguió esta nueva escuela poética ganar importancia: al frente de sus adversarios se encontraba el mejor de los poetas de aquel tiempo, Maturino Regnier, que se dedicó únicamente á la sátira en cuyo género no tuvo rival, y así el valor y los atractivos de sus obras subsistirán mientras no cambie la humana naturaleza. Regnier poseía el principal rasgo característico de los verdaderos poetas, pues al pintar las impresiones individuales y las costumbres de su tiempo, descubre la existencia eterna del corazón humano. Todas las perversidades y debilidades de la tierra nos son por él presentadas y bajo el traje del siglo XVI se nos muestran como tipos eternamente verdaderos. Regnier no pretende admirar ni contristar ni conmover el ánimo del lector, sabe perfectamente que no ha de variar el mundo y que él mismo tiene una parte en los vicios que describe, lo cual le preserva de la dureza y amargura de Juvenal. Su estilo le es propio, él mismo lo ha inventado, lleno de conceptos atrevidos, de elipses y de giros especiales; y si bien se le acusa con frecuencia de cuidar poco de la versificación, de emplear expresiones arcaicas y vulgares y de ser demasiado frívolo, preciso es convenir en que estas faltas son las que mas fácilmente se perdonan al poeta satírico. Regnier era el adversario mas decidido de aquella poesía cortesana y convencional de Malherbe.

La novela está representada en la época de Enrique IV por una obra que, por espacio de un siglo, hizo las delicias de la buena sociedad francesa, á saber, la *Astrea*, de Honorato d'Hurfee, novela pastoril, cuya primera parte, dedicada á aquel soberano, apareció en 1610. En nuestros tiempos, tan dados al realismo, es difícil penetrar en esa sociedad ficticia é interesarse por hechos y personas que nunca han existido; no obstante, el estilo de la *Astrea* es apacible, armonioso, rico y variado; y esto contribuyó indudablemente mucho á la acogida que durante tanto tiempo le dispensó el público: el mismo rey quiso, durante una larga enfermedad, que cada día le leyesen fragmentos de esta novela; y en efecto, si conseguimos someternos á las hipótesis de su autor y creer en la realidad de aquella elegante y erudita república pastoril, podremos pasar algunas agradables horas leyendo los amores de Celadon y *Astrea*, las aventuras del bello Alcippo y los celos de Celion y Belinda. Pero leer los cinco libros de que consta la obra es una tarea superior á las fuerzas de nuestra generación, por mas que d'Hurfee cuidara de animar la uniformidad de su musa bucólica con alusiones á los acontecimientos reales de su tiempo. Para comprender actualmente la afición de aquella época á las novelas pastoriles (pues Italia tiene su *Pastor fido* y España su *Diana*) es preciso tener en cuenta que, fuera de las novelas caballerescas y de algunas satíricas, no encontramos en aquel período huella alguna de naturaleza novelesca; y la novela pastoril, respecto de la caballeresca, representa un progreso notable, pues se acerca mas á la realidad, á la humanidad verdadera y en ella vemos ya el momento psicológico y la pintura y desarrollo de caracteres. La novela bucólica marca, en la nueva literatura novelesca, la transición de los engendros absurdos de

una fantasía rústica y calenturienta á la manifestación de la vida real (1).

El drama, que en los últimos tiempos del siglo XVI había decaído de un modo lamentable, fué, en cierto modo, levantado por Alejandro Hardy. El principal mérito de este poeta, fecundo, sí, pero falto de inventiva, fué el haber despertado nuevamente en el público la afición al teatro. Todas las clases del pueblo participaron de esta afición y el mismo rey favoreció considerablemente los espectáculos. La compañía para la cual escribió Hardy sus seiscientos dramas, todos en versos heroicos, fundó en 1600 el primer teatro permanente en París. Dábanse tres representaciones semanales; á ellas acudía numerosa concurrencia, y los cómicos, que eran á la vez empresarios, disfrutaban de cierto bienestar. Posteriormente, y durante el reinado del mismo Enrique, se fundó un segundo teatro. En París, representaban igualmente compañías extranjeras, especialmente italianas y españolas; en las ciudades de provincias, tambien se levantaron teatros; y de esta suerte, Hardy creó el público para Corneille y Racine.

La literatura no tuvo, por regla general, un protector en Enrique IV, prescindiendo del hecho de haber nombrado á Malherbe, el fundador de la poesía cortesana, su poeta de corte; pero tampoco la vejó con leyes restrictivas. Nadie era menos vengativo que aquel rey: una broma de buen género, aunque fuera á costa suya ó de sus mas allegados servidores y amigos, le gustaba, y una crítica amarga le mortificaba poco, pues apenas hacia caso de ella. Era demasiado francés, demasiado gascon para no encontrar natural que cada cual hablara como tuviera por conveniente. En las comedias, se ridiculizaba sin reparo alguno á los funcionarios públicos y á los mismos amigos del rey, á los jesuitas. Hacíase leer casi todos los impresos, amigos y hostiles, y encontraba un placer en ello. Si se le exhortaba á que castigara á los folletistas, solía contestar: «Si no hace daño con otra cosa mas que con la lengua, bien se le puede perdonar.» Todo extranjero que llegaba á París se admiraba del interés político que animaba al pueblo despues de la guerra civil y de la gran libertad de hablar de que allí se disfrutaba. Entonces no había aun periódicos que se publicaran con regularidad, pero todo cuanto nuevo ocurría, incluidas las cosas secretas, aparecían en manuscritos ó en folletos impresos que corrían de mano en mano. El número de los escritos, serios y satíricos, que se publicaron contra la administración, contra los ministros y hasta contra el mismo rey, es incalculable; y cuanto mas duros eran los ataques, tanto mayor afán había por comprarlos. Por el folleto de Arturo Thomás: *Descripción de la isla de los hermafroditas*, es decir, de la corte francesa, se llegaron á pagar dos escudos de oro, ó sean 200 reales. El rey quiso que se leyeran, por mas que se dijera en ella: «La Francia es ahora el antro y el asilo de todos los crímenes, libertinajes é infamias, cuando antes era una noble academia, un criadero de todas las virtudes.» Enrique encontró esto muy libre y atrevido, pero prohibió que se castigara al autor, «pues, decía riendo, me recordaría la conciencia si hiciera mal á un hombre por haber dicho la verdad.» Los ministros se mostraban mas indignados que el soberano y se quejaban de aquella «licencia de imprimir» que se volvía contra el gobierno (2). Como se ve, Enrique no era el monarca popular que la tradición supone. El pueblo le echaba en cara que, despues de haber restablecido la paz, no hubiese disminuido los impuestos, cuyo cobro se hacia con

(1) Esto en la literatura francesa. La española ya había experimentado esa transición desde la *Celestina*, el *Lasarillo* y las novelas de Cervantes, la *Gitanilla*, la *Tía fingida*, etc., etc. (N. del T.)

(2) Mercier de Lacombe: *Enrique IV y su política* (París, 1860), página 134.

las mayores vejaciones; y como los franceses de todo hacen un epigrama, decían que Enrique prefería ser rey de los mendigos (*gueuses*) que de los franceses (3).

Sin embargo, él fué quien con segura mirada y firme mano echó los cimientos de la grandeza y preponderancia de Francia. Mas que «rey bueno», como comunmente se le designa, fué un rey grande, excelente administrador, distinguido hombre de Estado y notable general. Estas últimas cualidades se nos pondrán mas de relieve cuando estudiemos la dirección que Enrique imprimió á las relaciones exteriores de Francia.

### CAPITULO XIII

#### LA PREPONDERANCIA QUE EN EUROPA TENIA ESPAÑA PASA Á FRANCIA

Guerra entre Francia y Saboya.—La paz de Lyon.—Enrique IV y la Iglesia romana.—Lucha entre Venecia y el papa Paulo V.—La administración española bajo el gobierno del duque de Lerma.—Decadencia de España en este período.—Expulsión de los moriscos.—Los Países Bajos católicos bajo el gobierno de Alberto é Isabel.—Negociaciones de paz entre España y Holanda.—Armisticio de doce años entre España y Holanda.—El «gran plan» de Enrique IV.—La sucesión del duque de Cléveris.—Huida de Condé á Bruselas.—Plan de guerra de Enrique IV.—Resultados del reinado de Enrique IV.

Cuando Enrique IV hubo terminado, con la paz de Verins, el período de agitación y de movimiento, lo cual consiguió cuando contaba cuarenta y cinco años de edad, concibió con gran prudencia, aunque tambien con inquebrantable firmeza, el plan que se proponía realizar y hacer realizar á la Francia para coronar su obra (4). Convenía, ante todo, hacer inofensivos á los adversarios del interior de Francia, restablecer el poder absoluto del monarca, cicatrizar las heridas de la patria, fomentar la industria y la agricultura, resucitar el bienestar y la actividad perdidas, ordenar la hacienda y organizar el ejército; porque mientras todo eso no se consiguiera, no debía inaugurarse el período de la política exterior, contentándose Enrique, entre tanto, con evitar todas las luchas que se le ofrecían, con tramar por doquier sus intrigas diplomáticas, con estimular á los enemigos de la casa de Habsburgo y prestarles un auxilio prudente y moderado. Enrique supo, durante este tiempo, contener su impetuoso temperamento dentro de los límites de una paciencia perseverante y circunspecta.

Pero en el fondo de sus planes estaba siempre la idea de romper con España, rival de Francia hasta entonces preponderante, que la había vencido militar y políticamente, que la había arrebatado sus provincias italianas y que había sido causa de sus guerras civiles y de sus desórdenes. Apenas, en las últimas semanas del año 1606, hubo dominado los últimos restos de la conjuración de 1602, es decir del levantamiento del duque de Bouillon, que tan grandes proporciones había tomado; apenas vió que en su reino imperaban la unión y la prosperidad, comenzó, con decisión y energía, á trabajar para conseguir la humillación de los Habsburgos, los cuales se vieron aislados por el completo abandono en que sus aliados les dejaron. Enrique, valiéndose de las relaciones que había contraído en años anteriores, supo derrotar diplomáticamente á su rival española, haciendo que Francia desempeñara el papel decisivo que antes tenía la España en todos los grandes acontecimientos. Esta hábil acción diplomática, bien meditada y conducida con éxito brillante, debía ser origen de la gran lucha decisiva que Enrique consideró

(3) Relación de Sir Jorge Carews á Bird: *Negociaciones entre Inglaterra, Francia y Bruselas* (Londres, 1749), pág. 463.

(4) Este capítulo se funda tambien en mi obra ya citada, *Enrique IV y Felipe III*.



siempre como el coronamiento indispensable de su actividad política.

En la conducta de Enrique IV no hemos de buscar ninguna elevación moral, ningún fundamento ideal, ningún ejemplo invariable de justicia; aquel monarca frío, dotado de gran sentido práctico, que se adaptaba siempre á las circunstancias, no se proponía más objeto que conseguir la grandeza y la preponderancia de Francia, y á ello tendía su complicada política.

No podía darse oposición más viva que la que entonces entre Francia y España existía. De estas dos potencias, la segunda tenía extensos dominios, pero en su interior era débil y carecía de cohesión, mientras que la primera, menos vasta proporcionalmente, estaba concentrada y muy unida: la península pirenaica resguardada, por su naturaleza especial, contra toda influencia activa extranjera y ocupando un extremo de Europa; Francia, situada en el corazón del Occidente, ofreciendo con sus abiertas fronteras libre entrada á la cultura de los demás pueblos; las fuentes de vida de España cada vez menos fuertes; Francia, en cambio, lozana y vigorosa; España, apegada á lo antiguo, Francia, cooperando al derrumbamiento de lo existente; España, representante de la fanática opresión religiosa, Francia, encarnación de toda la tolerancia posible, y todo esto hacía inevitable la lucha y no dejaba ni por un momento esperar una paz verdadera.

Incesantemente se afanaba cada una de estas dos potencias por dificultar la buena marcha de la otra ó por causarle todos los disgustos posibles. Francia, á pesar del tratado de Vervins y á pesar de todas las amonestaciones de España, apoyaba á los holandeses con hombres y dinero, y España, á su vez, se vengaba de tal proceder, alentando á todos los descontentos de Francia, auxiliándoles con consejos y dinero, y costeando cada vez nuevas conjuraciones contra la tranquilidad de su vecina. Enrique IV no vaciló en aliarse con los esclavizados y atormentados moriscos, y en concebir un plan para promover un levantamiento de estos con el auxilio de Francia. Estas conspiraciones de ambas partes eran en seguida descubiertas al gobierno amenazado y servían solo para aumentar cada día más el abismo de antipatía que á ambos Estados separaba; antipatía que encontramos también en las relaciones exteriores, pues siempre vemos á las dos naciones militar en opuesto bando.

Por muchos deseos de paz que tuviera Enrique, pronto hubo de verse obligado á desenvainar la espada precisamente contra un pariente y aliado del rey de España, que era el duque Carlos Manuel de Saboya (nacido en 1560), hijo de Manuel Filiberto, tan estimado por Carlos V y cuyo orgullo é insaciable ambición se habían acrecentado al casarse con la hija menor de Felipe II. El duque quiso ser considerado como un verdadero rey, convertir su pequeño Estado, sometido hasta entonces á la influencia unas veces de Francia y otras de España, en un gran reino independiente, y restaurar la antigua monarquía de los Borgoñones. Su esperanza había sido siempre la unión estrecha con la casa reinante española y, en ella fiado, había formulado pretensiones sobre la protestante Ginebra é intentado, con el auxilio de la Liga, apoderarse de la Provenza. Ambas empresas habían fracasado: el ataque dirigido contra Ginebra originó una espantosa derrota de los saboyanos por los berneses y ginebrinos y la Provenza le fué nuevamente arrebatada al duque después de la reconciliación de Enrique IV con los católicos. De todo ello, solo un botín había conservado Carlos Manuel. En los inquietos tiempos de Enrique III, la familia de los marqueses de Saluzzo había perecido y aquel territorio hubiera debido pasar á manos de Francia, como feudo que era de la Provenza; pero el duque creyó oportuno ocuparlo. Era, por

lo demás, una pequeña comarca que solo contenía 25,000 habitantes y estaba enclavada en el territorio saboyano, en las inmediaciones de Turin. En la paz de Vervins reinó completo acuerdo acerca del modo como esta cuestión debía ser resuelta; pero Carlos Manuel quiso conservar lo adquirido sin dar por ello compensación alguna, y á este fin y queriendo dar largas al asunto, fué á París con el intento de engañar al rey y urdió intrigas para alterar la tranquilidad de Francia, en la confianza de que, en caso necesario, podría contar con el auxilio de su cuñado Felipe III.

Enrique IV no se mostró dispuesto á tolerar que un pequeño duque se burlara impunemente de él, asestando con ello mortal golpe á la consideración de que gozaba en Europa y especialmente en Italia; así es que en el mes de agosto del año 1600, declaró la guerra á Carlos Manuel, y á las pocas semanas, toda la Saboya y las comarcas vecinas se encontraban en poder del monarca francés. Los fuertes de los valles en que se había refugiado el duque, fueron destruidos por la poderosa artillería francesa, hábilmente dirigida por Rosny. Los españoles, cuyo auxilio había implorado Carlos Manuel, se contentaron con ocupar la mitad piemontesa de los Estados del duque, sin acudir á socorrerle por más que tan amenazado se veía de los franceses. Viendo el duque el peligro inminente en que se encontraba de tener que abandonar todo á sus dos poderosos vecinos, creyó prudente firmar una paz que le libertara de sus enemigos lo propio que de sus protectores, no menos peligrosos que aquellos. Enrique se mostró propicio á esta idea, porque todavía no quería promover una nueva guerra con España, y así en 17 de enero de 1601, firmóse, en Lyon, la paz bajo condiciones bastante sorprendentes: el objeto de la lucha, Saluzzo y algunas plazas francesas de las vertientes orientales de los Alpes, quedaron en poder del duque, el cual, en cambio, cedió al monarca francés las comarcas saboyanas de Bresse, Bugey, Valrometh y Gex, situadas entre Lyon y Ginebra.

En Francia, este tratado produjo gran descontento y se dijo que el rey lo había firmado como si fuera un duque y el duque como si fuera un rey. En efecto, aunque las adquisiciones de Francia contaban una población seis veces mayor, por lo menos, que la comarca cedida á Saboya, con la cesión de Saluzzo perdían los franceses su última posesión en Italia, y esto precisamente en una época en que España dominaba la mitad de aquella península. En 1575, Enrique III había rechazado la misma permuta, que el duque Manuel Filiberto le proponía, precisamente para conservar algún territorio en Italia (1). La impresión que esto produjo en el ánimo de las potencias italianas no fué en manera alguna favorable á Francia, pues habían esperado que ondearía en Italia la bandera de las flores de lis, cuya sombra les ofrecía un seguro refugio contra el despotismo de España en la península (2). Al ver defraudadas sus esperanzas, se apresuraron á solicitar el favor del rey católico, cuyo poder nadie era capaz de resistir, y por eso España excitó á Carlos Manuel para que aceptara sin demora el tratado de paz. Enrique, sin embargo, se consoló con la notable extensión del territorio adquirido y con la idea de que así redondeaba y fortificaba sus fronteras, pues añadía á Francia el valle del Ródano, protegía á Lyon y conseguía una comunicación inmediata con sus aliados, los cantones suizos. Esto no obstante, posteriormente se arrepintió de la permuta convenida en la paz de Lyon, y en realidad, considerado en conjunto el hecho, fué una falta. Esta guerra y el término que tuvo fueron una ventaja para la Saboya, pues llevaron consigo consecuencias

(1) Dom. Carutti: *Diplomacia de Saboya* (Turin, 1875), I, 397.

(2) La verdadera perspectiva era la de sustituir al despotismo español con el despotismo francés.

cuya importancia nadie pudo entonces sospechar. El duque había entregado un territorio donde se hablaba el francés, y que, animado de sentimientos cada día más favorables á Francia, estaba abierto para cualquier ataque que esta intentara, y había recibido, en cambio, una comarca abrigada por los Alpes y habitada por italianos, con lo cual había redondeado también sus fronteras. En la ciudadela de Turin, ya no se oían los tambores franceses, ni se veía ondear el pabellón francés en los valles de Carmagnola. Saboya dejaba pues de ser un simple anexo de Francia y se veía destinada á formar parte de Italia, única nación en que podía encontrar las condiciones para su engrandecimiento y para el desarrollo de su poder. Mientras Francia, reino unido y compacto, ofrecía pocas probabilidades de ser en corto plazo objeto de la conquista de sus vecinos, en Italia, por el contrario, las circunstancias se presentaban tales que una comarca ambiciosa y gobernada por una dinastía fuerte y ávida de gloria podía esperar con fundamento un buen porvenir. Ciertamente fué preciso que la experiencia de los siguientes años instruyese á Carlos Manuel acerca de la dirección que desde entonces debía tomar la política de su dinastía, pero la casa de Saboya, con el golpe de vista práctico que le distinguía, conoció perfectamente los sucesos y apartando su atención de las fronteras occidentales, buscó en Italia el campo en que desarrollar su ambición y su afán de engrandecimiento. Sus esfuerzos se vieron coronados por el éxito, pues el carácter que distinguía á aquel nuevo período era la tendencia á formar grandes reinos nacionales. Mientras Saboya había sido un Estado enteramente francés, no podía tender á aquel alto fin, antes al contrario, estaba condenada á perecer, porque las distintas ramas del pueblo francés se oponían á su tendencia á la unidad; pero desde el momento en que renunció á ser de Francia y quiso pasar á ser Estado italiano, se observa que, dando incesantes pasos, ora de escasa, ora de considerable importancia, se fué aproximando cada día al papel que la historia le tenía señalado. Ningun pueblo de Italia como el fuerte, audaz y hábil piemontés, ninguna otra dinastía como la astuta, prudente y perseverante de Saboya, reunían las condiciones necesarias para llevar á efecto la unidad italiana.

Solo una vez intentó Carlos Manuel engrandecerse contra la voluntad de Enrique IV: tratábase de sorprender á Ginebra, Estado antiguamente saboyano, guarida de herejes, cuya conquista hubiera sido saludada con júbilo no solo por España, sino por el Papa y por los mismos católicos suizos; pero la empresa fracasó: ya los saboyanos habían penetrado en la ciudad, pero despertados los habitantes por los tiros y por la gritería, se lanzaron á la calle, matando, haciendo prisioneros y arrojando de la población á los enemigos. La capital del calvinismo se vió por segunda vez salvada de sus adversarios irreconciliables. El aniversario de esta famosa *escalada* de Ginebra (22 de diciembre de 1602), se celebra aun todos los años en la ciudad del Ródano con una fiesta popular y una cabalgata histórica.

Carlos Manuel, amenazado por Enrique IV á consecuencia de aquella violación de la paz y abandonado por España, creyó que lo mejor era modificar toda su política y pasarse al bando de Francia para buscar, con el apoyo de Enrique y á costa de España, el engrandecimiento que no había podido conseguir con el auxilio de España y á costa de Francia. Desde entonces pudo Enrique contar con el apoyo del empujador y belicoso duque. La falta cometida en Lyon había sido subsanada en buena parte, y á pesar del descontento que los suizos católicos mostraron por este hecho, supo el rey asegurarse de nuevo la alianza de todos los cantones, á excepción del de Zurich, que pusieron á su disposición su

veterana y heroica infantería y tuvieron en constante amenaza, en pro de Francia, al ducado español de Milan (1).

El monarca francés no vaciló, en esta ocasión, en proceder contra los intereses católicos para atraerse á una ciudad amiga; y aun cuando personalmente se mostraba religioso, nunca sacrificó á consideraciones religiosas un interés político (2).

Respecto del poderoso clero de su reino, la situación del monarca era favorable, pues en su seno contaba con un fuerte partido, á saber: el que tenía tendencias galicanas y se esforzaba para depender de Roma lo menos posible, aliándose con el Estado para combatir al ultramontanismo.

Las cuestiones que entonces se promovían eran las mismas que aun hoy en día agitan al mundo. La mayoría del pueblo francés exigía dos cosas del rey: el restablecimiento de la libertad de elección para los cabildos y la promulgación de las decisiones del concilio de Trento, cosas ambas que el rey estaba dispuesto á no conceder. En virtud del Concordato de diciembre de 1516, Leon X había concedido al rey de Francia, Francisco I, el derecho de nombrar todos los abades y obispos de su reino, con lo cual la Iglesia francesa había caído en una especie de dependencia del monarca. Era, pues, natural que la mayoría de los prelados franceses desearan ardientemente poner fin á tal estado de cosas, devolviendo á los cabildos de las catedrales y á los conventos la elección de sus compañeros y sucesores. Pero el rey se mostraba tanto menos dispuesto á acceder á tales pretensiones cuanto que los mismos obispos convenían en que solo había ejercido su derecho de elección en favor de personas dignas é instruidas. A las observaciones del clero contestó Enrique en 1605: «Por lo que á las elecciones se refiere, ya veis cómo me porto: me enorgullezco al ver que todos los prelados por mí instituidos se diferencian tanto de los del pasado. La relación que acabais de hacerme redobla en mí el valor para proceder mejor aun en lo futuro.» En 1608, el clero reconoció lo acertado de los nombramientos hechos por el soberano diciendo: «Son tan felices que la Iglesia bendice á V. M. y se regocija de que le haya dado tantas luces.» Pocas esperanzas quedaban, pues, de ver al monarca renunciar á las ventajas del Concordato. Su pensamiento fijo y constante de mantener la paz religiosa entre sus súbditos, le indujo á asegurar la provisión de las sedes episcopales por medio de hombres prudentes y conciliadores.

Más obstinados y enérgicos se mostraron los prelados en su segunda pretensión relativa á introducir en Francia las decisiones del concilio de Trento. En este punto, la situación del monarca era menos favorable, por cuanto Enrique al recibir la absolución pontificia había prometido solemnemente al Papa la proclamación de los acuerdos del concilio tridentino. Pero al prometer esto, lo había hecho con la salvedad de «siempre que no se ponga en peligro la tranquilidad del reino,» y además no había fijado plazo alguno para esta promulgación. Ambas cosas utilizó el rey para no dar con la proclamación fuerza de ley á unos acuerdos en los cuales dominaba un espíritu tan ultramontano y tan cerrado á toda concesión de vida ó de doctrina, y de los cuales solo podía esperar el aumento del poder eclesiástico y la disminución del poder real, siendo además de temer que con ellos se encendiera de nuevo la lucha, apenas extinguida, entre católicos y protestantes. En vano el clero suplicó, en 1608,

(1) Acerca de esto, véase la obra de Ed. Roti: *Enrique IV, los suizos y la Alta Italia* (Paris, 1882); esta obra contiene estudios y ciencia, pero desgraciadamente es desordenada, falta de espíritu crítico, y contiene una serie de noticias sin orden alguno.

(2) Véase mi trabajo, *Enrique IV y la Iglesia católica*. Revista histórica, XXX, I, 73.

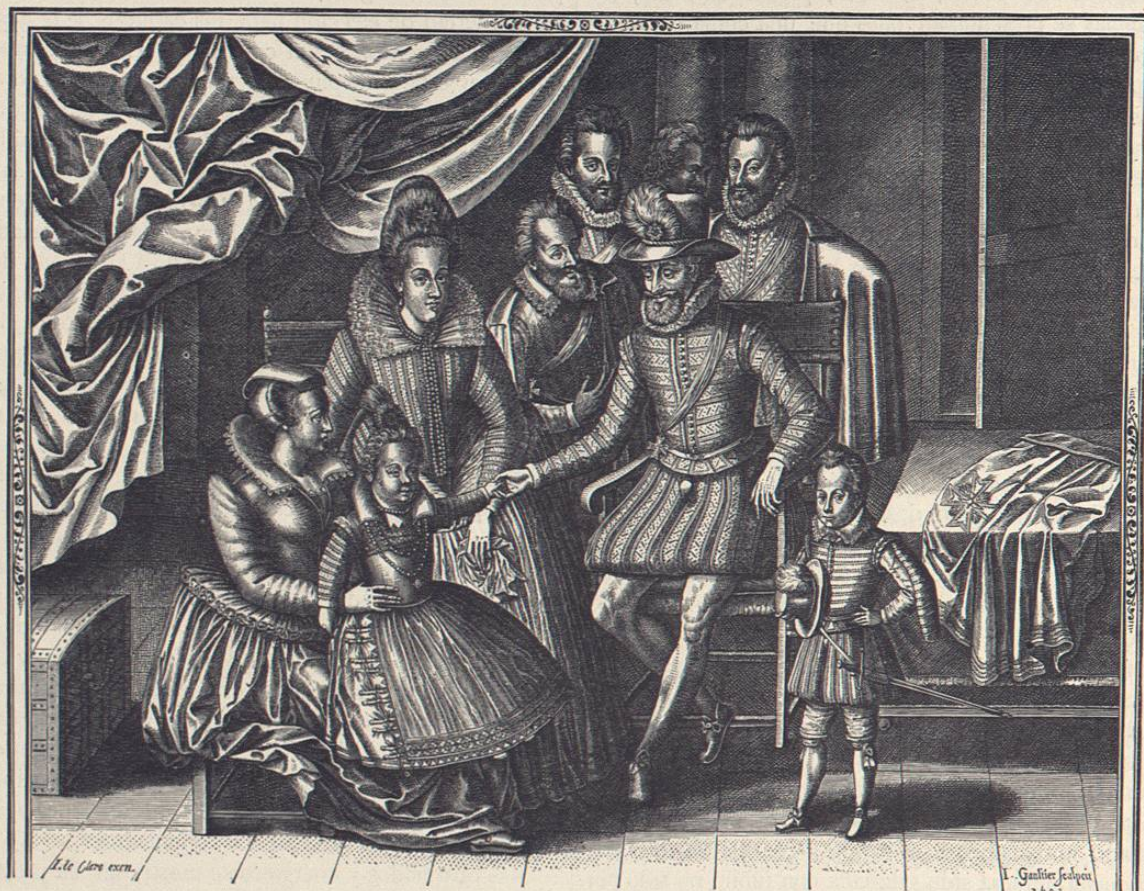


que se reconocieran las decisiones inspiradas por el Espíritu Santo, de aquel concilio general y ecuménico, esperando que el rey no querría desgarrar la túnica de Cristo, ni herir su místico cuerpo, ni ver rasgarse por el centro el velo del templo.

Estas razones místico-hiperbólicas no lograron causar impresión alguna en el ánimo de Enrique IV, aunque quizás se hubiese dejado convencer si el clero le hubiese concedido algunos subsidios. Sin embargo, en tales circunstancias, la conducta del rey fué mas categórica que en las anteriores, pues dijo que, al prometer la promulgación de las decisiones del concilio de Trento, sus procuradores habían ido mas allá de lo que él quería; que de admitirse en Francia los de-

cretos de aquel concilio, se seguía naturalmente la introducción de la Inquisición; y si los últimos reyes, que no habían guardado consideración alguna á los hugonotes, no habían querido reconocer aquel concilio, menos deseos tenía él de turbar con un reconocimiento de esta especie la paz del reino. De suerte, que hasta la muerte de Enrique IV las cosas quedaron en tal estado, y que por mas que el Papa pedía con insistencia la promulgación de las decisiones del concilio tridentino, estas quedaban constantemente excluidas de Francia.

Con esto el monarca logró hacerse, no solo en lo material sino, dentro de ciertos límites, en lo espiritual, señor del clero francés. Si tenemos en cuenta que Enrique hizo valer



Enrique IV y su familia (copia de un grabado en cobre hecho en 1602 por L. Gaultier)

ante un concilio ecuménico su derecho de veto; que durante sus luchas con el Papa, el gran Consejo del monarca y los Parlamentos confirmaron á los preladados nuevamente nombrados y los colocaron en sus abadías y obispados; y que después el Parlamento de Provenza pudo destituir de su dignidad á Genebrardo, obispo de Aix, veremos cuánto mayor que ahora era la intervención que entonces ejercía el Estado en las cuestiones internas de la Iglesia. Gran cuidado inspiraba al clero la institución del *appel comme d'abus*, es decir, del recurso de fuerza, en virtud del cual podía apelarse para ante el Parlamento de la provincia respectiva ó ante el gran Consejo del rey de toda sentencia pronunciada por el tribunal eclesiástico. Después del vano ataque de 1605, intentó el clero en 1608, aunque sin éxito, como mas adelante veremos, pedir la desaparición de tal institución.

En estas circunstancias es de notar que Enrique IV, personalmente, daba muestras de fanática devoción y que en algunas cuestiones, como en la de los jesuitas, procuraba atemperarse á los deseos del Papa, para, de esta suerte, con-

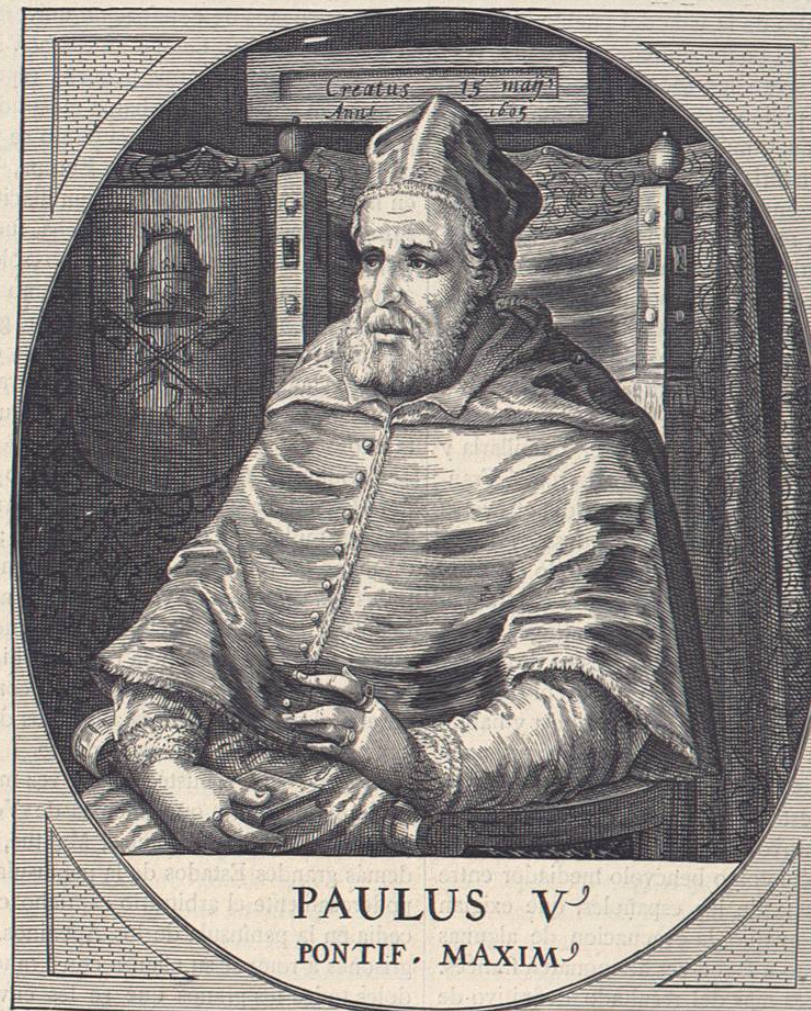
tar con mayor fuerza en la cuestión, para él mas importante, de su independencia de la Iglesia. Enrique nombró á Clemente VIII padrino del delfín Luis, que había nacido en 1601, y nunca escaseó las palabras y las formas para contentar al Padre Santo. Los nuncios pontificios en Francia se mostraban muy satisfechos de la cortesía y deferencia que para con ellos usaba el monarca, cuyos representantes en Roma eran en extremo amables y colmaban á los cardenales de pensiones y regalos. ¡Qué diferencia de los rudos y orgullosos representantes de España! Gracias á este sistema pudo Enrique llevar adelante sus planes, libre de toda consideración religiosa, hacer de su Estado un Estado igualitario, é influir y trabajar, en alianza con los ingleses, los flamencos, los protestantes alemanes y suizos, y aun con los turcos, contra el emperador y contra el rey de España, aliados del catolicismo.

Sus buenas relaciones con el pontificado, y especialmente con el bondadoso y conciliador Clemente VIII, parecía que debían sobrevivir á este, que murió en marzo de 1605. Los

cardenales dieron, en gran mayoría, sus votos al cardenal de Florencia, Alejandro de Médicis, recomendado por Enrique IV y excluido expresamente por los españoles; y á pesar de las protestas de estos últimos, Alejandro ocupó el solio pontificio con el nombre de Leon XI. El pontificado de este protegido del *Bearnés* solo duró veintisiete días, pero su sucesor, el cardenal Camilo Borghese, Paulo V, fué también muy adicto á los franceses. «¡Gracias á Dios, exclamó Enrique al tener noticia de tal elección, que los cardenales

franceses han demostrado que tengo algun poder en Roma y en el cónclave!» Y este poder lo había conseguido sin sacrificar, en ocasión alguna, el de la Corona ni la paz del Estado á los deseos del Pontífice.

Paulo V se mostró, en efecto, en extremo amable con el rey y moderado respecto de los hugonotes; pero aquel Papa no era tan bondadoso y condescendiente como Clemente VIII, sino por el contrario rudo, decidido y ambicioso y dotado de una elevada opinión de su autoridad, cualidades que



El papa Paulo V, grabado en cobre de Crispin de Passe (1560-1630)

mostró al poco tiempo de entrar en el pontificado en su lucha con la República de Venecia. Paulo V creyó que, tratándose de un Estado pequeño, podría realizar mas fácilmente sus pretensiones jerárquicas, con lo cual sentaría un poderoso precedente para todo el orbe católico.

A fines del año 1605, dos sacerdotes venecianos que se habían hecho reos de un delito comun, fueron sometidos, conforme prevenían varias bulas de anteriores Papas, al tribunal de los Diez. Esta pretendida invasión en la jurisdicción eclesiástica hizo montar en cólera á Paulo V, que se había formado un concepto exagerado de la dignidad mística de los funcionarios eclesiásticos; y sin consultar á los cardenales, expidió dos breves en los cuales exigía de los venecianos, bajo pena de excomunicación y entredicho, no solo la entrega de los dos sacerdotes presos á los funcionarios eclesiásticos y la renuncia de toda jurisdicción secular sobre el clero, sino también la derogación de las leyes que prohibían á los sacerdotes adquirir bienes inmuebles y construir nuevas iglesias sin permiso de las autoridades de la república. De esta

suerte presentó, en términos perentorios, exigencias que nadie había tenido y que eran inauditas para los venecianos. Estos, sin embargo, no se amedrentaron y la contestación primera que á tales breves dieron fué elegir *dux* á Leonardo Donato, jefe del partido antipapista, y consejero teológico del gobierno á fray Pablo Sarpi, adversario del poder absoluto del pontificado, rechazando luego en términos corteses, pero enérgicos, las pretensiones del pontífice. Entonces Paulo V acudió á las obras, y en abril de 1606 lanzó sobre todo el territorio veneciano el entredicho, es decir, la prohibición de todo culto religioso, de los bautizos, casamientos y entierros. Pero también este recurso fracasó, pues habiendo ordenado el Senado que el entredicho se tuviera por nulo, como á tal lo consideró el clero secular, teniéndolo por válido solo algunas órdenes religiosas, especialmente la de los jesuitas. Estas órdenes y los jesuitas, los últimos para siempre, fueron por ello expulsados de la República.

Aun cuando en el interior del Estado triunfó la autoridad del Senado y del colegio ducal, la lucha entre Venecia y el